KARINA SOSA CASTAÑEDA

CABALLO FANTASMA

NARRATIVA

Avenida Patriotismo 165,
Colonia Escandón II Sección,
Alcaldía Miguel Hidalgo,
Ciudad de México,
C.P. 11800
RFC: AED140909BPA

www.almadia.com.mx
www.facebook.com/editorialalmadía
@Almadía_Edit

Primera edición: marzo de 2020

ISBN: 978-607-8667-44-4

Impreso y hecho en México.



KARINA SOSA CASTAÑEDA

CABALLO FANTASMA



Almadía

La forma del caballo representa lo mejor del ser humano. Tengo un caballo dentro de mí que raramente se expresa. Pero cuando veo a otro caballo entonces el mío se expresa. Su forma habla.

CLARICE LISPECTOR

* * *

Mi madre murió hace seiscientos días. No he podido llorar. Hoy he venido a solas a un hotel que antes fue un convento. Un exconvento donde Italo Calvino escribió: "Huajaca se escribe con h...", el inicio de "Bajo el sol jaguar".

Yo pienso en las ausencias. Soy despiadada: en el fondo la muerte de mi madre es un pretexto literario. Un recurso más para paliar mi angustia. Estoy en este sitio por mi imposibilidad: no tengo con quién llorar y: "¿Qué es la muerte sin lágrimas?".

En este hotel parezco una turista distraída. Alquilé una habitación en la que pasaré la noche. Tengo un pantalón negro en la bolsa y unos zapatos de terciopelo azul. Pienso en Miyako Ishiuchi, la japonesa que retrata series de objetos. Podría hacer una serie que reúna los objetos de mi madre ausente. Quizás cada una de sus pertenencias se ha evaporado del mundo. Ojalá fuese así. Ojalá con los muertos se esfumaran de la tierra cada uno de los objetos que los acompañaron en vida.

No traje a este hotel un retrato de mamá. Tampoco un libro. Solo los diarios que he escrito durante los últimos diez años, a los que llamo *Una mujer sin importancia.* Hago apuntes:

"Deseo escuchar muy de cerca las voces de esos turistas silenciosos que apenas y forman un rumor que asciende desde el balcón hasta mi cama. Deseo beber anís con granos de café. Como lo hacía Onetti.

Onetti fumaba todo el tiempo, y hablaba siempre pausado, siempre procurando el silencio. Mamá está muerta y me heredó una idea: la idea de que su vida estuvo íntimamente ligada a la vida de los caballos".

Nunca supe nada de mi madre. Supe apenas su nombre. Supe que nos separamos porque era lo mejor. Por su fragilidad, por el temperamento de mi padre, porque yo para mi madre pertenecía a otra vida. A la vida de mi padre.

Pero su ausencia, la ausencia de mi madre, solo me pesó en el momento en que me informaron: *Tu madre murió.* Nunca antes.

Mamá tenía sus razones. Y mi padre no tuvo nunca ganas de decir nada. Crecimos así: juntos mi padre y yo, sabiendo que una mujer que estaba ausente, como un fantasma, me había traído al mundo. Y que eso bastaba.

Quisiera decir que fumaré y colgaré un letrero que diga: No estoy. Pero en este hotel no se permite fumar. Y además nadie me buscaría. Menos aquí. Apunto en mis diarios una frase de Onetti: "Es cierto que no sé escribir, pero escribo sobre mí mismo".

* * *

Curzio Malaparte, *Primera sangre*:

"Lo que más me inquietaba, desde que tenía tres o cuatro años, era sentirme rodeado de hechos misteriosos. De la mañana a la noche, cada vez que abría la boca era para pedir la explicación de algún misterio: «¿Quién ha hecho la pared?, ¿quién ha hecho el caballo?, ¿quién ha hecho el carro?, ¿quién ha hecho el cielo?»".

* * *

La primera vez que pensé de manera concreta en perseguir el rastro de los caballos, fue el día en que N se despidió para siempre de mi vida.

Podría decir que N es un fantasma. Lo digo para consolarme. Pero sé que estoy mintiendo. Es claro que N existe: tiene un cuerpo, anda por el mundo, como esas imágenes de mi memoria en las que los caballos duermen, acurrucados en las piedras, con su aliento tibio, así, como en un recuerdo muy lejano, la voz y las manos de N van y vuelven de mi memoria a un vacío.

En mis cuadernos sin importancia hay algunas cosas sobre N. Pero es como si su ausencia pesara más.

En mi diario hay poemas que copié de viejos libros, subrayados de mis lecturas, fotografías, recortes, palabras, notas, listas de compras, de pendientes, de deseos, de días de cumpleaños, de números. Direcciones de gente que he dejado de ver.

Mi padre odia las listas. Dice que no cumplen ningún

objetivo en el mundo. Yo hago listas para desquiciar a mi padre. Lo desquicio en secreto.

Mi padre, al igual que casi todo el mundo, no sabe nada de mí.

* * *

¿Alguien que te habita brevemente, apenas un segundo, puede existir en ti eternamente?

* * *

Creo que N comparte cumpleaños con Sándor Márai. Leo los diarios de Sándor Márai constantemente. Pienso en sus últimos años, sufriendo la lenta agonía de su mujer, Lola. Pienso en el día en que Sándor Márai decidió suicidarse, en cómo se puede llegar a saber que ese día es el día.

No quiero comprender a Sándor Márai. Pienso en él paseando por el parque Vérmező, mientras en la calle el cochero fuma. Márai entraría a un café a leer algún periódico y a quedarse quieto.

Afuera lo esperan el cochero y su caballo. El caballo del cochero apenas y se movería, como una vieja montaña de piedras negras aterciopeladas.

Un caballo es también un montón de piedras aterciopeladas que aguardan el movimiento.

* * *

Hace muchos días que mi padre guarda silencio durante la cena. A veces le cuento mentiras. Le digo que casi tengo el dinero suficiente para irme de este país. Mi padre pone cara de entusiasmo y dice que no hace falta, que podré irme a donde yo quiera porque él ha trabajado para eso.

Te mereces todo. Ya verás, eso dice y luego le cuento más mentiras. Le hablo de Kevin. Mi padre es feliz con la idea de que Kevin me acompañe durante el resto de mi vida. Le digo que así será. Repito mentiras para que mi padre sea feliz.

Mi padre no tiene idea de mi búsqueda. No sabe que ando hurgando en cosas de muertos, fantasmas, mentiras, caballos...

Quiero enunciar una larga sentencia que lo cimbre. Que haga que mi padre reúna algo de valor y me ofrezca una respuesta. Cualquier respuesta.

* * *

¿Te gustan los caballos? Tu madre amaba los caballos.

Me lo dice el hombre que acompañó a mi madre los últimos veinte años de su vida. Pienso en cómo se conocieron. Lo pienso en este instante breve. Huele a parafina y estamos en un velatorio demasiado grande, la alfombra es del color de la sangre humana. En otra sala hay panqué de manzana, café y chocolates como regalo para quienes acudieron al velorio. Pienso en el Ganges, en los puestos de comida y en la muerte flotando en el agua. Tengo ganas de vomitar allí mismo. Estoy dopada. Antes de venir tomé Lexapro, lo he tomado un par de veces. Ahora mismo siento que caeré desvanecida pero algo en mi interior resiste.

Miro a ese hombre, al viudo de mi madre, y sé que no es un fantasma. Arrastra las palabras. Apenas y puede decirme algo que yo intento no escuchar. Sus ojos verdes y el cuerpo rígido. ¿Qué los unía? Un actor de televisión y mi madre.

Pienso en las lágrimas de ese hombre. ¿Quién fue mi madre? ¿Qué es un caballo en el mundo? ¿Qué es un caballo para mí? Un caballo en el mundo...

En el ataúd mi madre parecía una mujer dulce. Tenía los ojos cerrados. Me hubiese gustado que sus ojos me miraran ahora. Sus manos entrelazadas me recordaron mis propias manos. El vestido negro parecía el de una anciana solemne.

¿Qué tenía que ver esa mujer pequeña, y siempre enferma, siempre con la respiración entrecortada y los nervios destrozados, con los caballos?

* * *

Cuando terminé la universidad y volví a casa, papá insistió en que yo viviera con él. Lo hice una semana, mientras encontraba un nuevo departamento.

El quince de septiembre, me mudé al departamento de la calle Hidalgo. No fue necesario hacer una mudanza. Regalé los libros que había comprado durante cuatro años de universidad a compañeros, le dejé otros al nuevo inquilino, según dijeron los caseros un estudiante de odontología. Solo conservé una edición bastante vieja del *Decamerón* de Boccaccio. Eso y la ropa. Mis viejas botas negras.

¿Cuántos objetos caben en la maleta de vuelta a casa?
¿Qué objetos te llevarías a una isla desierta, en Oaxaca?
Un libro, unas botas y un abrigo.

* * *

Septiembre fue bastante lluvioso en Oaxaca. Tres semanas y todavía no entendía qué estaba haciendo allí.

Algunas noches, de ese primer mes, me despertaba pensando que estaba en el departamento de la otra ciudad.

Pensaba en el espejo antiguo, frente a la cama, extrañaba la luz amarilla de la lámpara que compré recién llegada a la ciudad, en una tienda de antigüedades. En aquella época tenía veintitrés años.

Ahí, en ese departamento de estudiante universitaria, me sentía dentro de una caverna. Había humedad en las paredes. Me gustaba mi habitación, y la estrecha sala comedor con el sofá cama que era nuevo y en el que a veces dormía. A veces Kevin dormía allí. Recuerdo que compré, además de la lámpara, un par de almohadas, cucharas, platos, un librero de tres divisiones (bastante barato y endeble) y una cortina de plástico azul que dividía la regadera de la taza de baño.

Me gustaba ese lugar en donde yo a veces ponía

flores. En donde no estaba prohibido fumar, aunque yo no fumaba.

Me gustaba que era una casa dentro de otra casa: bajando las escaleras, al fondo de un pasillo decorado con plantas artificiales, vivían los caseros.

Me gustaba ser otra en esas paredes azules.

En Oaxaca, en el departamento amplio y bien iluminado, al que llegaba el olor del limonero del patio por las noches, extrañaba mi caverna, la humedad, ser una extranjera en una ciudad donde eres un fantasma, donde siempre estás solo. Extrañaba eso: no pertenecer.

* * *

En marzo, estaba intentando que todo fuera normal. Pensaba que debería encontrar la manera de escapar.

El despacho, al que entré a trabajar por recomendación de un amigo de mi padre, un edificio con aire acondicionado y diez pequeños cubículos en los que cada uno de los jóvenes arquitectos replicaba la idea de hogar diseñada expresamente para los sobrevivientes de este país en ruinas.

Cumplía seis meses allí, con una vida nueva.

Había guayacanes floreciendo, esos árboles amarillos que bañan todo de una luz viva. Pensaba en Kioto. Descubrí que a unas calles del departamento existía una biblioteca silenciosa y en su patio había una enramada de buganvilias donde los murmullos exteriores quedaban atrapados.

Tenían una sección de entomología, otra de arte gótico, otra de pintores italianos. Era como entrar en un laberinto infinito. Pensaba en Alejandría.

No me interesaba hacer vida social, pero a veces bebía

en el bar La Independencia. Ahí podía pasar por ser alguien más. Allí nadie hacía preguntas. Todos estaban en lo suyo, bebiendo barato y comiendo botanas sencillas: salchichas con salsa avinagrada, frituras, cantando canciones de banda sinaloense. Allí uno podía extraviarse y al día siguiente nadie tendría respuestas.

* * *

Me hubiese gustado tener mascotas: peces, por ejemplo. Una pecera redonda de cristal en la mesa, junto al frutero. Pero era absurdo, en mi mente estaba la idea de la fuga, de huir. Las mascotas son un vínculo con las ciudades, nunca terminan de ser felices en otro sitio. No hay peces, ni frutero sobre la mesa.

Mayo fue un mes particularmente infernal. Quizás el calor. Quizás que encargaron al despacho la planeación de un edificio gubernamental. Mucho presupuesto. El arquitecto encargado dijo que querían algo *novedoso.* Pensé en Zaha Hadid. Estaba de moda. Me gustaba. El arquitecto dijo que no. Nos mostró un boceto: un edificio circular, con cristales. Cemento circular. Como un pastel de cemento. Pensé en las columnas dóricas. Lo dije de broma. *Columnas dóricas para el corredor.* El arquitecto dijo *eres una genio.* Sentí vergüenza. Vi su dentadura blanca, con un diente de oro. Sentí miedo de terminar mis días

siendo una arquitecta que se complace en diseñar elefantes blancos.

Fue en esos días cuando ocurrió lo del karaoke, cuando N y yo nos conocimos.

* * *

Una virgen con un caballo: el rostro pálido y exangüe. Apenas reconozco a mi madre. La veo rodeada de manzanas, bajo un árbol pequeño, redondo y tupido de frutos.

La veo sentada en una roca, mirando dulcemente al caballo. No es un caballo, es una yegua dócil, blanca. Esa hora casi solar, ese día tibio en que uno puede esperar en silencio que algún dios se acerque a contemplarlo todo. El domingo después de las seis de la tarde.

En mi sueño mi madre acaricia a esa yegua y yo lo observo todo como un juez. Soy yo la que estoy muerta, y la mujer que posa junto a esa yegua, mi madre, me sueña.

Aunque soy yo quien la sueña a ella y sé que ella está muerta y que no hay tal imagen. No hay una evocación de mi madre con una yegua, en un domingo suave, donde todo es apacible.

Domenico Zampieri ha pintado *La virgen del unicornio.* El mundo era otro. Lo digo mientras pienso que soy heredera de una enfermedad silenciosa.

Quizás por ello...

* * *

¿Qué pensará N de los caballos? Nunca lo sabré. Me gustaría saber dibujar. Así podría dibujar un caballo y pensar menos en N.

N no es un buen nombre para un caballo. Un caballo tendría que llamarse Guadamur, Rocinante, Bucéfalo o Draco.

No quiero recordar el verdadero nombre de N.

En el mundo, en realidad, nadie puede llamarse así.

* * *

Quizás Kevin no me recuerde. Cada quien crea gestos que escapan a nuestros deseos.

Anoche, en un sueño, Kevin me sonreía. Tenía el cabello algo crecido, la barba descuidada como si se hubiese aventurado a un viaje largo: un paseo.

En el sueño de anoche, Kev (como le decía de cariño a Kevin) me sonreía y me explicaba algo que ahora no recuerdo. Luego simplemente se alejaba, con cierta calma y decía adiós con un gesto tristísimo: levantaba la mano y la agitaba sin verme más a los ojos. Al despertar desconocí la habitación, la cama, la lámpara en la mesita de noche, mis anteojos de lectura, los zapatos y los colorines abiertos en el florero llenando de un aroma de humedad la madrugada, como estrellas coloradas que empiezan a pudrirse. Sobre la mesita de noche hay un libro de tapas verdes. Leo una línea, en un libro: "¿De dónde viene tu pasión por desaparecer?".

Pienso que debería llamar por teléfono, sí, a esa hora, a Kev.

A veces quiero ahorrarme palabras. Es cosa mía, responde a mis complejos: de niña fui ridiculizada por ser una niña torpe, redonda como una pelota rosada, de plástico. Temía a los balones de basquetbol que mis compañeros rebotaban con toda agilidad por el patio de la escuela. Yo detestaba la escuela, detestaba los balones y la obstinación de mi padre en mandarme a ese sitio cruel.

Envidiaba a dos o tres niñas que poseían las más bellas muñecas, mi padre creía que las muñecas eran una tontería, que demasiadas golosinas me harían daño, que no debía ver la televisión. Ahora no me importan las muñecas, ni las golosinas y menos los balones de basquetbol.

La escuela en la que estudié en esos días se derrumbó hace tres o cuatro años. Lo supe porque leí la noticia en un periódico local, papá me mandó un mensaje con la nota. Sus cimientos endebles se vinieron abajo después de algunos temblores y ahora simplemente la conocen como "los escombros del castillo". Nadie recuerda que allí hubo una escuela, quizás sí, pero todos se refieren a ella de esa manera tenebrosa.

Hablo de todo esto porque quiero ahorrarme palabras, explicaciones. No quiero dar cuentas a nadie. Menos a él, a Kevin.

"Todo es una maraña de pensamiento", escribo en mi diario por el insomnio.

Durante mi infancia, las palabras salían sin parar: *Ka de nuevo problemas en la escuela*, decía mi padre irritado

mientras yo empezaba a lloriquear y pronunciaba una lluvia de excusas, intentaba que mi padre perdonara mi torpeza. Papá me ha llamado Ka desde siempre, una contracción de mi nombre: Karenina. Como una suicida. Como una criatura que Tolstói imaginó desde antes del nacimiento de mis padres. Karenina.

Y por eso los niños en la primaria se reían cada vez que los profesores pronunciaban mi nombre: *Catarina, Catrina.*

Papá decía que mi nombre tenía que ver con la nieve y el frío, que un día me llevaría a Rusia, al lugar donde pasaban todos los cuentos que me gustaban. Yo imaginaba ese viaje mientras hacía rayones en la libreta y soltaba unos lagrimones que nadie veía.

Solo yo era consciente del dolor que me causaban las palabras de los otros.

Hoy los otros han menguado en mí.

Pienso en todo ello por el sueño con Kev.

He pensado en Kevin viviendo a mi lado. Cada uno duerme en su habitación, no compartimos la cama.

Lo imagino envejecido, leyendo los libros de mi estante, diciéndome que el mejor tiempo para sembrar lavanda en el jardín es febrero, que a las abejas les agrada encontrar caléndula y cilantro, que hace un día fantástico para dar un paseo.

Miento, me equivoco. Él jamás usaría la palabra fantástico. Tiene otras palabras: sus palabras. Siempre asépticas y precisas.

Siempre me gustó escucharlo recitando poemas extraños mientras yo hacía cualquier cosa.

Cuéntame una historia, me decía y yo decía que no conocía ninguna. A veces le contaba una historia que hablaba de un oficinista triste y me decía que había leído demasiado a Pessoa. A veces le contaba la historia de un hombre que viaja de su casa al manicomio. Se encierra allí para escribir. Pero no está loco. Solo lo hace porque está desesperado por escribir algo, cualquier cosa, ya que su mujer sueña con que sea escritor.

Deberías escribir esa historia. Y yo me reía porque esa podría ser mi propia historia si yo fuera una escritora.

Él amaba cultivar flores, árboles. A veces Kevin decía que estudiaba arquitectura porque su padre lo había obligado. Que realmente no quería hacer más que escribir obras de teatro.

¿Recuerdas Esperando a Godot*? Piensa en Ionesco... Tú eres la cantante calva,* decía y luego se quedaba callado. *Soñé el otro día que una fila de hormigas entraba a la computadora. Mi escritura se volvía distinta. Pero me gustaba. Nadie debe saber que escribo.*

Siempre hacía preguntas. Nunca pedía explicaciones.

Quisiera tatuarme esa frase: "La cantante calva no existe", para que él volviera a mirarme con sus débiles ojos cubiertos de espesa neblina. Qué ojos tan tristes. Cómo se habla de los ojos de nuestros amados fantasmas. Tengo en mi memoria sus ojos, pero siempre he sido una pésima fisonomista.

* * *

Kevin me preguntó, un día, si conocería a mis padres. Habló de sus deseos de viajar conmigo a Oaxaca.

¿A tu mamá le gustan las orquídeas?, dijo mientras pasábamos frente una florería.

Sí. Le gustan mucho. Son como ella: demasiado perfectas y algo desequilibradas, yo le había dicho a Kevin que mi madre era una maestra de secundaria que siempre fue bastante rígida y poco afectuosa.

Maeterlinck escribó sobre las orquídeas. Pero sus flores favoritas son los tulipanes. Cuando fuimos a Holanda no dejó de hacerse fotos en el Palacio de la Paz, solo por los tulipanes, a mí nunca me has regalado flores y ahora me preguntas por las flores favoritas de mi madre.

No recuerdo qué dijo Kevin después. En fin, debió decir algo sobre la belleza y las plantas de sombra. Yo escuchaba a lo lejos su voz, pero realmente pensaba en mi madre.

¿Qué flores serían las favoritas de mi madre? Nunca lo supe.

* * *

La nieve me es ajena. No la conozco.

Me pertenece el polvo. He crecido mirando cómo el polvo no cesa. Está ahí y es lo único que nos acompañará eternamente, como el agua y las piedras. Incluso dentro del agua y de las piedras: ahí germina también silenciosamente el polvo.

"Ocaso. Gruesos copos revolotean alrededor de las farolas recién encendidas, y forman una fina y blanda capa de nieve en los tejados, sobre los lomos de los caballos, sobre los hombros humanos, sobre los sombreros.

El cochero Yona está todo blanco, como un aparecido. Sentado en el pescante de su trineo, encorvado el cuerpo cuanto puede estarlo un cuerpo humano, permanece inmóvil. Diríase que ni un alud de nieve que le cayese encima lo sacaría de su quietud.

Su caballo está también blanco e inmóvil. Por su inmovilidad, por las líneas rígidas de su cuerpo, por la tiesura de palo de sus patas, aun mirado de cerca parece un caballo de dulce de los que se les compran a los chiquillos

por un *kopec*. Hállase sumido en sus reflexiones: un hombre o un caballo, arrancados del trabajo campestre y lanzados al infierno de una gran ciudad, como Yona y su caballo, están siempre entregados a tristes pensamientos. Es demasiado grande la diferencia entre la apacible vida rústica y la vida agitada, toda ruido y angustia, de las ciudades relumbrantes de luces...".

"Tristeza", ese cuento que yo desconocía de niña, y que me habría dado consuelo en las noches en que mi cuerpo cambiaba como un árbol que no para de estirar cada una de sus ramas, una planta nocturna. Esa historia, la de un ruso que está muerto, me hubiese salvado de las lágrimas y del odioso peso de mi cuerpo creciendo: un arbusto de carne dispersa. Eso era yo.

* * *

Como en una confesión, recuerdo a N diciéndome al oído, entre un montón de gente, que mi cuerpo *había salvado al mundo*. Después desaparece en mi memoria. Su voz se desvanece. Su imagen se queda.

Sus manos moviéndose entre los desconocidos.

Escribo en mi diario: "*Un caballo puede cargar a cuestas toda la melancolía de un hombre*, me dice N. Luego cogemos y él no dice nada. No tomamos café, ni fumamos, ni desayunamos juntos al día siguiente".

Estoy ficcionando, N no tiene palabras sobre los caballos.

En mi vida es como si los caballos existieran si y solo si N se ha ido.

* * *

Era cumpleaños de Emmanuel, cumplía treinta. A los treinta ya no puedes angustiarte por nada, todo está podrido.

Emmanuel y su novia Teresa fueron amables desde que llegué al despacho. Teresa organizó una noche de karaoke. A la salida del trabajo caminamos hasta el andador turístico y entramos a un lugar en donde solo había cubetas de doce *lagers* y tragos con nombres ridículos que seguro estaban adulterados.

Por cada cubeta de cervezas, los clientes tenían derecho a diez canciones. Canté algunas de Julio Iglesias, también una, o dos de Alejandra Guzmán.

Tenía ganas de emborracharme y de faltar al despacho al día siguiente. Bebí varios tragos de una cosa que se llamaba copa de nada, una revoltura siniestra de alcohol.

A la una de la mañana, me sentía con ganas de llorar. Dije que saldría por cigarros. Mentí, yo no fumaba. Pensé que el aire del exterior me haría bien. Caminé hasta la plazuela del Pañuelito, y me quedé allí para llamar al

sitio de taxis. Un hombre con un abrigo verde aceituna se acercaba. Cuando me vio se quedó quieto. Yo sonreí. Podía ser un asesino, o un loco.

Deberían doblar las campanas, me dijo.

Pensé que nadie mencionaba aquella frase antes de un asalto. Estaba a salvo.

Ya sabes, como en el libro de Hemingway. Hizo una pausa y prendió un cigarro. Dijo su nombre. Y dijo que era carpintero.

Lo que más me gustó de él fue su voz.

Pensé que estaba mintiendo. Pero no.

Hacía mucho que él no elaboraba muebles, pero los diseñaba y tenía un taller donde cuatro carpinteros trabajaban con maderas seleccionadas para hacer muebles para artistas, o para cantantes, pintores, escritores que lo invitaban a fiestas donde había drogas, siempre insuficientes.

Nadie es una isla, dije y esperé que él sonriera. Pero no. No mencionó a John Donne, ni hizo ninguna mueca. Más bien se levantó de la banca y me preguntó si quería ir por una cerveza.

Caminamos unas cinco calles, sin hablar mucho. Quiso saber mi nombre. Yo le expliqué que era por Anna Karenina. No respondió nada. Compramos algunas latas de cerveza y llegamos a su taller.

Olía a barniz. En el tapanco había una mecedora, una mesa con tres sillas, que él había diseñado. Eran muebles bastante cómodos: huanacaxtle y terciopelo.

Luego había una puerta cerrada, su habitación, y una barra que tenía licoreras con distintas bebidas. La foto ampliada de Sophia Loren en traje de baño, posando, colgaba en la pared de frente a la mesa.

Él habló casi todo el tiempo. Ponía a Klaus Nomi, a Los Panchos, a Elvis. Hablamos de árboles. Más bien, él habló de árboles muertos. Yo estaba a punto de decir algo sobre la palabra musgo. Pero me contuve. Escuchaba y sonreía sintiendo la borrachera en el cuerpo. Unas horas más tarde dije que me iba a casa. Él se negó. Me ofreció su habitación. Acepté.

La cama era bastante fea: *pallets* como base y un colchón con sábanas revueltas. Había un libro de Dostoievski que parecía intacto. Dormí hasta las diez de la mañana.

Al abrir los ojos, por la luz que entraba, sentí un olor a pachuli. Él estaba en la puerta mirándome. Junto a él estaba una chica bastante delgada, con el cabello rojo y los ojos hundidos, pecas en toda la cara. Llevaba un vestido blanco, algo ancho, de tela vaporosa. Nos presentó. Se llamaba Estefanía. Era su novia.

Y ella es una amiga. Anoche fuimos a una fiesta. Y se quedó a dormir, vive bastante lejos. Es arquitecta. Se van a caer bien. A ella también le gusta Hemingway.

No supe bien qué hacer. Me levanté apresurada. Dije que tenía que volver a casa. Salí del taller de N.

* * *

Alexander von Humboldt, eso digo y el tatuador me mira desconcertado. *¿Por qué quieres tatuarte el nombre de una calle?*

Detesto sonreír cuando no encuentro palabras para explicar lo que quiero. Sonrío al tatuador. Pienso que estoy en el dentista como cuando tenía diez años y el hermano de mi padre me llevaba con su amigo dentista. Mi tío decía que admiraba a su amigo porque ser dentista era una buena profesión. *Así tendrás dinero para tener una buena vida*, decía, mientras bebíamos limonada en el soportal de la plaza principal y yo miraba a un mimo que sinceramente me aterraba. Yo no tenía respuestas para mi tío. Tenía diez años y ganas de usar brákets para alejar de mí a todos los niños que me molestaban. Así aprendí a sonreír y a no dar explicaciones. Cuando cumplí veinte años, no volví a ver a mi tío, tampoco deseo verlo.

Seguramente ahora, mi tío es millonario y vive en una casa llena de árboles con una piscina tibia en la que toma ginebra.

El día que decidí hacerme un tatuaje con el nombre de Alexander von Humboldt, el nombre de una calle, de un pueblo en la sierra oaxaqueña, de un hombre muerto que había conocido el mundo, que había caminado y soñado, justo ese día pensé en mi muerte. En el cianómetro que llevaba Humboldt para medir la intensidad del cielo, de qué color será mi cadáver.

Un día Kevin habló de Humboldt: *En su viaje camino al Orinoco, Humboldt descubrió un lugar llamado Los Llanos, donde había muchos pequeños lagos, más bien charcos, llenos de anguilas eléctricas, así que Humboldt decidió estudiar a las anguilas que emitían descargas eléctricas de más de seiscientos voltios. Los pobladores ofrecieron al explorador un grupo de caballos salvajes para que revolvieran con sus cascos el lodo de la charca, obligando a las anguilas a salir. El resultado fue fatal: las anguilas no pararon de emitir descargas que hicieron que los caballos tropezaran, se ahogaran y murieran. Humboldt, el explorador miraba con ojos febriles, el resultado catastrófico de su experimento...*

Kevin me arropó esa noche y vimos un programa de cocina en la televisión. Al día siguiente le pregunté sobre la muerte de Humboldt: *No lo sé, lo de las anguilas lo leí en la* National Geographic *que está en tu baño.*

Caballos, lodo, peces, electricidad y un hombre que mira el mundo buscando conocimiento: Alexander von Humboldt, el amigo de Rugendas.

Miro ese nombre incrustado en mi piel, el nombre de Humboldt en mi piel que ya es una cicatriz negra, y siento que he cubierto una vieja deuda de honor.

¿Con quién? Conmigo. Con nadie más.

* * *

Kevin y N no se conocerán jamás.

* * *

Otra historia que nadie me contaba antes de dormir era el cuento "El séptimo caballo" de Leonora Carrington: un amante de los caballos se casa con una mujer histérica. Viven con la hermana de ella, en una hermosa casa con jardín. Tienen seis caballos. En el jardín crecen zarzas, yerba y flores. Una tarde, las hermanas descubren a un ser extraño, Hevalino, una yegua negra que brincotea entre las zarzas.

A las hermanas les parece que es un monstruo.

Esa noche alguien muere. Y el amante de los caballos ama más que nunca a Hevalino, que podría ser un regalo del destino para su pobre existencia.

Nadie me contó esa historia.

"Se me enfrían los dedos de andar entre fantasmas". Robo esa frase de Onetti y la copio en mi libreta, como una oración que necesita ser aprendida de memoria. Hago planas de esa misma frase, hasta llenar cuatro hojas. Hace un par de días, en mi cama leí la historia de Hevalino.

Dejé a un lado el libro y tomé fotografías en blanco y

negro de mis pies, de mi cuello, de mis cabellos cayendo sobre mis pechos. Fotografías que son fragmentos de un cuerpo helado que espera otro cuerpo: "Se me enfrían los dedos de andar entre fantasmas".

La noche en que leí el cuento de Carrington, soñé con una polilla. Soñé que una polilla entraba en mi garganta y ahí se quedaba. Mis palabras eran polvo. *Hevalino,* dije en mi sueño y ese polvo se volvió palabra. *Hevalino es un buen nombre para una chica como tú. No sabes cuántas ganas tengo de besarte con violencia. Y de chuparte la sangre.* Desperté gritando. No hacía más que el nombre de mi fantasma: *Ene.*

Me alivió saber que mi voz no era polvo.

* * *

Angelo de Gubernatis, *Mitología zoológica*:

"Cuando el héroe se dedica al oficio de ladrón, su hazaña más gloriosa consiste en robar el caballo del rey. Cuando el joven héroe ha sido educado por el diablo, es con la forma de caballo como consigue escapar de él. Cuando el héroe solar libra combate, su caballo es lo que constituye su mayor fuerza. Cuando el héroe muere, su caballo es sacrificado al mismo tiempo que él".

* * *

Mamá se fue en septiembre de mil novecientos noventa y uno.

Se fue al día siguiente de mi primer cumpleaños. Nunca me pareció anormal. Cuando cumplí seis años papá me dijo que mi madre nunca vendría a casa. *Ella está enferma. Tiene problemas para comprender el mundo. A tu madre le gusta estar sola. Ella vive en la misma ciudad que nosotros. Pero creo que nunca la verás. Es como si estuviera en otro mundo. Ahora vive sola. Y ella es feliz porque sabe que tú estás bien aquí conmigo. En este momento tu madre no nos necesita.*

Lo contó mientras desayunábamos en un hotel lleno de árboles que todavía no sé nombrar. Estábamos de viaje por mi cumpleaños. En Baja California. Vimos a las ballenas llegar a parir a sus ballenatos. *El agua de aquí es más amable*, me dijo. Ese día me regaló un bloc de dibujo, un estuche de lápices y un libro llamado *Elabora tu propio herbario: flores prensadas.*

Lo leímos juntos y empezamos a hacer un álbum.

En ese momento me intrigó saber de mamá. Pero su

ausencia se fue desdibujando a lo largo de los años. A veces me acordaba de ella. Imaginaba que desde un punto lejano del mapa, mi madre me estaría observando. Por eso me gustaban los mapas, creía que ella iba a entrar por la puerta principal sin más explicaciones.

Ahora pienso en las vidas de los exploradores, en las biografías de algunos viajeros, pienso que mi madre viaja. Y acumula en sus cuadernos anécdotas sobre cada lugar. Pienso en Aby Warburg, pienso en Bruce Chatwin. Pienso que mi madre manda una carta en la que escribe: "Londres es un sitio donde colgar el sombrero". Pero mi madre está muerta.

* * *

N no vuelve. En mi mente intento que su olor se desvanezca. "La memoria es más tenaz que el olvido". Quiero decirle eso y escuchar sus pasos aproximándose a la habitación de un hotel que nos es ajeno a los dos. Un hotel que pude haber ideado en mi mente, en mis planos. Un hotel-caja-cono de leche. Un sitio polvoso en que estallará nuestra voz y en el que se quedará atrapada para siempre.

Pienso en él y me doy cuenta de que yo también amaría profundamente montar un caballo y tomar camino. Brincar obstáculos y perder dinero pensando que la vida me pertenece un poco, jugando a calcularlo todo, a planear en mi cerebro quién gana o quién pierde, quién cae, quién asciende.

Todo responde en mi memoria a una extraña afición: la de poseer.

* * *

¿Quién decía que la memoria es una biblioteca?

Entro a una biblioteca que huele a clavo y naftalina. Las estanterías tienen algo de polvo. Un hombre con el cabello alborotado está trepado en una escalera. El hombre mueve un libro y luego otro. Busca algo en *Las cartas de relación*, y pide a un bibliotecario que traiga el *Popol Vuh*.

No hay nadie más, unos trece mil libros. Silencio y el viento fresco entrando desde un pequeño corredor humedecido.

¿Cómo se ordenan los libros en una biblioteca? Tengo ganas de llorar aquí mismo. *Siempre estarás sola, siempre habrá libros pero siempre estarás sola.* El hombre que hojea los libros con toda la calma del mundo parece un navegante extraviado. Pienso que podría ser un sabio.

Pienso en los escritores muertos cuyas ideas reposan entre los folios de la biblioteca. En la biblioteca como un sitio de intimidad. Pienso en mi propia existencia. Y la

voz de nuevo: *Siempre estarás sola, siempre habrá libros pero siempre estarás sola.*

Trece mil libros, el noventa por ciento donados por ese hombre que ahora lee allí. Lo observo y quiero darle un abrazo, contarle la historia de mis fantasmas.

¿Qué está leyendo usted? ¿Raymond Queneau? Eso es puro juego, me dice el hombre que me ve llorar sin hacer comentarios.

Sí, es cierto, la memoria es como una biblioteca.

* * *

Los caballos vienen en sueños. Es lo que sé al día de hoy. Mi madre debió de tener una vida atormentada. Pienso en la fragilidad. La arquitectura de la vida fracturada por genes de hombres y mujeres muertas, desquiciadas. Las mujeres de su familia arrastraron la enfermedad de una a otra. Como una mancha formada por el tiempo en una fina tela.

"Pronto habrá que cavar en la yerba, ver la sangre de mi cuerpo saliendo de mí para mojar la tierra".

Todo eso lo apunté en febrero. No sé por qué. No encuentro explicación. Luego hay un pétalo seco de rosa. Un pétalo de color pardo.

* * *

Entro a la biblioteca, otra vez. Le digo a la bibliotecaria que busco libros sobre caballos. Me da un libro que parece viejo. En la portada tiene un grabado: un caballo mitad cadáver/mitad caballo, arreado por un esqueleto, por el esqueleto de lo que fue un hombre. Abro el libro. Está en un idioma que no comprendo. Fotografías de ejemplares imponentes.

La bibliotecaria trae otro libro. Un libro de color azul marino. Parece que lleva años sin ser leído: *Invención de mi vida con caballos.* Es de Macedonio Fernández.

Nadie lo ha leído, me dice la mujer. *Si vienes en una hora, puedo prestártelo a escondidas para que saques copias.*

* * *

Un fragmento en el diario de viaje de Matsuo Bashõ:

Rosas silvestres
del borde del camino:
se las zampa mi equino.

Más adelante:

Sol en invierno
mi sombra se congela
sobre el caballo.

* * *

Al llegar a casa me quedé dormida bajo la regadera. Acostada mientras el agua caía. Me despertó una llamada de papá. Preguntaba si todo estaba bien. Dije que sí, que tenía visitas y que tenía que colgar.

Una semana después N pasó a buscarme a la salida del trabajo. Fuimos a un bar con dos amigos de él. Nadie conversaba conmigo. Ellos hablaban entre el ruido y las pausas de la música. Bebían vodka. Yo tomé agua mineral toda la noche. Hice fotografías con el celular, de las parejas que bailaban en la pista, eran como sombras.

Escuché, o quise escuchar, cuando alguien le preguntó a N por Estefanía. Dijo que se había ido. Sentí alegría.

Esa noche N me acompañó a casa. Lo invité a entrar.

Me dijo que era un departamento *muy minimalista, sin personalidad.* Nos besamos. Durmió conmigo. No pasó nada más. Dormimos hasta que la alarma sonó y yo fui a trabajar.

En el trabajo pensé qué estaría haciendo él en casa. No llamé. Al llegar él estaba allí como si siempre hubiese estado. En la cama. Como si no hubiese avanzado el día. Cenamos juntos, una sopa de champiñones que llevaba un par de días en el refrigerador.

Vi la televisión todo el día. No encontré más cosas para hacer. Tendí la cama.

Puedes leer. Tengo algunos libros.

Sí. Vi que tienes un librero. No me interesan los libros, ¿sabes?

Pero lees a Dostoievski y a Hemingway...

Pero no leo siempre. O sea, hoy no se me antojaba leer. Cuando vivía en Copenhague leía más. Viví cinco años allí. Una locura. Todo demasiado ordenado. Luego volví y monté el estudio de diseño. Estoy pensando en hacerte una cama nueva.

Me gusta mi cama. La tuya parece de un hippie.

Es cierto. Pero te va gustar tu nueva cama. Va ser para los dos. Vamos a vivir juntos. ¿Te gusta la idea?

Dije que sí. Fue simple. Me gustaban sus manos y el misterio que había en él. Me gustaba que mi pasado no importaba. No quería husmear en mí. No me hacía preguntas. Pensé que igual que yo, él estaba solo en el mundo.

No pensé demasiado. Me sentía bien. Era una manera de no estar aburrida. De tener una vida común con alguien.

"Una rata es mejor compañía que estar solo", dice un personaje de Beckett. Pienso que más que compañía lo que necesitaba era caer más. Ir al abismo.

Eso ofrecía aquel desconocido.

Claro que iba a aceptar.

* * *

En la biblioteca pienso en los ojos de mi madre. A veces, ya lo he dicho, creo que heredé sus ojos. Ahora recuerdo que en la infancia, yo viajaba con papá. A casa de mi abuela. Hacía calor y el mar se escuchaba por las noches, mientras yo pensaba que moriríamos atrapados por las olas. La casa tenía un patio largo y lleno de plantas verdes. Sábilas, helechos, ruda, jazmines.

Yo jugaba a tener hermanos con los que conversaba y emprendía batallas para construir edificaciones con ramas, piedras, lodo. Mi abuela creía que yo moriría pronto. Se lo decía a mi padre mientras yo fingía ver la televisión en su sillón azul, siempre lleno de nudos de cabellos que ella se peinaba una y otra vez. A veces mi abuela me recostaba junto a ella y me ponía unas gotas de agua de Dios en los ojos. Así le llamaba ella: era un líquido transparente que salía de una cactácea delgada y lechosa. No ardía. No dolía. (*Sedum pachyphyllum*, ahora sé que así se llamaba la suculenta de la que mi abuela sacaba las gotas para mis ojos, para mi inexistente ceguera).

Así no estarás ciega como yo, decía mi abuela. Luego cerrábamos los ojos. Entonces era muy feliz, junto a esa mujer que debería haber sido una pianista prodigiosa pues poseía unas manos alargadas y bellísimas.

Sofía, mi abuela. Nací el día de Santa Sofía, según el calendario. Pero mi madre eligió otro nombre, mi nombre. Un nombre que me persigue.

Y que no dice nada de mi abuela la pianista que no fue pianista, sino una bella campesina, que de niña jugaba entre árboles.

* * *

Cuando cerraba los ojos después de las gotas que me ponía mi abuela, pensaba en mis pies y sirenas. Inventaba nombres para mis hermanos inexistentes, para cada uno de ellos. Los veía sonriéndome. También soñaba con una canción que no dijera nada, que fuese solo música, pensaba en mis pies corriendo sobre las hojas muertas del jardín de la abuela.

* * *

La mujer de la biblioteca me dice que Macedonio Fernández es un autor al que nadie lee. Hijo de italianos que llegaron a Argentina. No se sabe bien por qué. Macedonio fue amigo de Borges. También de Onetti, de Felisberto Hernández. Cenaban juntos constantemente. De hecho, Macedonio estuvo presente en la cena aquella donde Felisberto ordenó al mesero una docena de huevos fritos que se comió sin compartir con nadie. Estaba también Onetti. Se dice que también fue amigo de Rulfo. En realidad hay una fotografía donde Juan Carlos Onetti tiene una copa de champaña en la mano y Rulfo está fumando. Pero de Macedonio hay poquísimas fotografías y no tiene ninguna carta o documento que pueda probar la amistad con Rulfo.

Macedonio escribe en *Invención de mi vida con caballos*, su falsa biografía:

"Esta tarde vino un jinete que empieza a cobrar fama. Bebimos anís. Luego él tomó *brandy* y yo me quedé en silencio porque el pobre hombre no paró de sollozar. Su

mejor caballo había muerto inesperadamente y el pobre *jockey* estaba aterrado pues no tenía ninguna seguridad de seguir siendo una estrella sin él. Su caballo, un español de quinientos kilos, parduzco, al que vi solo una vez, era agilísimo. Había derrotado a Guadamur, de Raúl Cano, en el clásico internacional del Caribe. Eso y otros triunfos locales... El *jockey* terminó dormido sobre el sofá azul que Julieta, mi mujer, adoraba y que pocas veces ofrecía para un desconocido. Sentí entonces tristeza. Yo, Macedonio Fernández, que amaba los caballos más que a nada, no me conmovía por la suerte del caballo, sino por un jinete que había perdido de un momento a otro la gloria".

Después de esa anotación se ve la fotografía de Macedonio con una liebre.

En realidad creo que la liebre es un pretexto para que pueda existir un registro de la sonrisa de Macedonio Fernández, el autor de esa falsa biografía.

"Nací el primero de octubre de 1875 y de este desarreglo empezó para mí un continuo vivir. Ese día, la mujer que me trajo al mundo murió. Dicen que mi padre, un gaucho temperamental, mataba cada semana, durante los primeros dos meses de mi vida, a un ciervo joven, para que mi nodriza pudiera alimentarse con caldo de ciervo y tuviera abundante leche. El ciervo es un animal manso, se cree que posee la templanza. Mi nodriza murió cuando yo cumplí diez años. Pero fue a los seis, cuando tuve que recibir la educación constante con un adusto profesor, cada mañana hasta que era hora de comer, que dejé de mamar de la teta de mi nodriza. Consumí su cuerpo

y también su esencia. Fue ella, durante mucho tiempo, el primer gran amor de mi vida. Pensaba en ella cuando conocí a Oliva, la mujer a la que yo abrí con cierta violencia y de manera brusca. Olivia me amaba y yo por ella sentía un arrebatado deseo. Así, a los quince años, después de un paseo por la plaza de San Marcos, al lado de Olivia que era una niña demasiado abrumada por la voz de su madre, pensé más que nunca en el cuerpo herbal de mi nodriza. Nunca supe su nombre. Siempre la llamé nana. Y todos en la casa le llamaban nodriza o mujer. Pensé en su cuerpo débil y agonizante la noche anterior a su muerte. Cuando nos despedimos y de espaldas a un Cristo negro, que colgaba en su estrecha habitación de esclava, la besé sin que ella pudiese poner defensa. La pobre nana estaba más angustiada y quería decir algo. Yo hui de ella. Eso debía ser el amor".

* * *

He recibido una llamada telefónica. Es el marido de mi madre. Su viudo. Me dice que espera que yo esté bien. Me dice que en unos días estará en la ciudad. Que le gustaría entregarme las llaves de la casa de mi madre, me dice: *las llaves de tu casa.* Intento decir amablemente que no me interesa.

Cuelgo. Pienso si debo ir. Quiero ir a un cementerio. Tomo un taxi para ir al panteón. El taxista escucha un noticiero de deportes.

No fui a la tumba de mi madre, fui a una tumba abandonada. En realidad mi abuela paterna, durante sus últimos años, gastó su dinero y entregó sus horas a cuidar de todas las tumbas abandonadas del panteón municipal.

A veces quisiera ser como ella. Tener una figura materna que yo pueda imitar. Mi abuela paterna es esa figura: puse una flor roja en la tumba de una desconocida y recé las oraciones que mi abuela me había enseñado. Dejé una pequeña cruz de pétalos.

Los caballos sabrían qué hacer con un cadáver. Lo enterrarían en un barranco y arrastrarían de alguna manera piedras hasta que no hubiera rastro del cuerpo.

* * *

Cuando cumplió veinticinco años, mi madre, Leonora, conoció a mi padre. Fue mientras ella acompañaba a Nicolás (el mejor amigo de mi madre) a fundar el hipódromo de Oaxaca.

Papá se enamoró de su belleza. Mi madre pensó que al lado de ese hombre estaría a salvo de sí misma. Lo dice en sus cartas. Las guardaba en una caja de madera que ahora me pertenece.

* * *

Creo que fue Tristan Tzara quien en su manifiesto dadaísta escribe: "*Dada* un caballo de madera".

Intento dibujar un caballo. Arranco la hoja.

Apunto: "*Dada* el amor, *dada* nada, *dada* las ausencias, *dada* estas palabras. *Dada* un caballito de madera".

* * *

Pienso que N llamará pronto. He decidido comprar un teléfono nuevo, también me compré un sombrero. Los sombreros, los zapatos, los abrigos son objetos que acumulan la melancolía. Guardan nuestra esencia, nuestra marca corpórea. Cada día, al mudar la ropa, se deja un poco de lo que somos en ella, en los zapatos, en la cama en la que hemos dormido. ¿A dónde habrán ido a parar los zapatos de mi madre? Su cama sigue en esa casa, junto al hombre que la acompañó en los últimos momentos de su vida, mientras yo pensaba en Rimbaud, en el crecimiento de las plantas, en las sombras que se van extendiendo en las casas abandonadas de esta ciudad.

A veces sueño que ella, mi madre Leonora, pronuncia mi nombre. Me llama y me muestra una caja llena de documentos. Yo quiero preguntarle sobre los caballos. Pero ella evade las preguntas. Dice que estamos esperando a alguien. A veces creo que mi madre me empujó al mundo para borrar su propio rastro.

* * *

Creo que mamá amó la vida de un modo inexplicable para mí. No sé bien cómo murió. Imagino que murió soñando con una yegua negra, como la del cuento de Carrington, Hevalino, cabalgando lentamente. Buscando un lugar donde las ideas no pesaran tanto, donde pudiera ser otra. Una sombra apenas. Un caballo desbocado.

Sigo sin saber nada de los caballos. Pienso en una línea de Marina Tsvetáyeva, que tengo en la memoria de manera difusa: "La avena sirve para tranquilizar los nervios de los caballos. Mi madre nos ofrece avena en un cuenco". Mi madre no preparó nunca avena para mí. Pienso que mi madre ahora es la mujer que cuida de los caballos en un lugar lejano. Prepara cuencos con avena para su yegua Hevalino, para su caballo Draco. Mamá está muerta.

* * *

Mamá nació en Puebla. Sus padres murieron en un incendio. Cuando mi madre tenía unos meses de nacida, una tía de ella llamó a su madrina, que vivía en Las Piedras, Uruguay.

Mamá se quedó con Beatriz, su madrina. Una cocinera que la crió con amor excesivo. Vivieron en Uruguay durante dieciocho años, luego mi madre se fue a viajar con la herencia de sus padres. Se fue tres años a Italia y se enamoró de un abogado español. Pero la relación no funcionó. Ella era frágil y vanidosa. Los celos y el miedo a estar sola le hicieron demasiado daño. El abogado decidió llamar a la madrina de mamá y contarle que la pobre joven pasaba los días encerrada en su habitación, llorando. Mi madre regresó a México.

Vivió en un departamento que tenía la madrina en la calle de Frontera, en la colonia Roma.

Empezó a frecuentar una galería de arte, en la Condesa. Allí consiguió trabajo. Hizo amigos. Comenzó a visitar el hipódromo. Una galerista bella y frágil en el hipódromo.

La imagino observando una carrera, y sintiendo que tiene el control del mundo.

Así comienza esa pasión: mi madre tiene una cantidad de dinero en las manos, la apuesta y pierde. Pierde todo. Y de pronto la suerte se asoma.

* * *

"Hay una historia secreta, dentro de toda historia", dice Hemingway. Yo pensaba en la historia secreta de N. Pero nunca la conocí.

Los primeros meses de nuestra vida juntos íbamos a fiestas casi todas las noches. Dejé de leer. Fueron meses de trabajo y fiestas. De una vida nocturna que era una constante repetición.

Algunas variantes hacían interesante la vida. Las variantes eran los días a solas, con N: ver películas, a veces guardar silencio y dibujar. A veces ir al planetario y observar en el telescopio las estrellas. No importaba lo simple que fuera. Tomar un helado era un respiro: las sensaciones, los cuerpos a solas.

Eso bastaba para volver a esa vida vacía, a ver a desconocidos en la calle y saludarlos. Él iba a beber, regresaba de madrugada: feliz.

Mi padre no supo nada de N.

Era una ciudad pequeña, era cierto, pero papá vivía como un ermitaño. Era así.

Mis padres viven lejos. Vienen de vez en cuando, pero mi vida no les interesa mucho. O sea, a veces llaman o así, dije cuando N preguntó. Tampoco indagué sobre sus padres. Él contó una historia sobre su madre que era bióloga y vivía en Argentina. Se había casado allá, con un cirujano. Y su padre había muerto cuando él tenía tres años.

No hablé de la ausencia de mi madre. No hablé de Kevin.

Quizás lo único que N sabía de mí es que amaba profundamente leer. Y la soledad. Que era introvertida. Que mi vida era monótona. Quizás en el fondo conmigo no tenía ningún riesgo y por eso permanecía a mi lado.

* * *

Acariciar a un caballo. Sentir su pelaje oscuro entre las manos. Como si una caricia bastara para desencadenar guerras, hambre, muerte. Pienso en todos los libros que un hombre viejo hereda al tiempo. Pienso en una gran fogata donde arden años y años de conocimiento. Pienso en Alejandría como un sitio perfecto para morir. Pienso en el fuego y en la voz de un héroe. Una voz casi sosegada. Los ojos de su caballo, negro, erizado por el calor, agitándose, relinchando más y más.

El héroe que anuncia el fuego, que grita su nombre hasta convertirse en polvo.

Morir, no en Alejandría. No en Budapest, ese sitio del que se ha dicho que es pura neblina amarilla, como miel derramada y empezando a envejecer. Morir, no en Uruguay, ese sitio de calles estrechas y poetas muertos.

Morir en cualquier rincón, enunciando nuestro propio fin. Sintiendo el tropel de caballos encima de nosotros, uno a uno cada casco de caballo, cada galopar, cada exhalación, y adivinar así nuestra ruina. Entonces una

sonrisa. La sonrisa de Dios, de los dioses. Un paseo por el Danubio. Mojar el cuerpo muerto en el Tíber y entonces...

El caballo nos mira y puede morir.

* * *

De nuevo era septiembre. N decía que lo más patético de estar en México era ese nacionalismo decadente.

También pasan otras cosas en septiembre, por ejemplo, los chiles en nogada. O casi a fin de mes, mi cumpleaños.

Él no hizo comentarios.

Propuse ir de viaje. Dijo que no. *Este mes tenemos demasiados compromisos.*

Le dije que estaba pensando en tomar vacaciones un par de semanas e irme a visitar a unos tíos que vivían en Puebla. Mentí. Debió saberlo de alguna manera. Dijo que no, que no me fuera, que era mejor estar juntos porque quería organizar una fiesta por mi cumpleaños, en el departamento.

Discutimos. Dije que estaba harta de las fiestas.

Estoy aburrida de las fiestas. También de ti, un poco. De que no te guste nada más que perderte.

Se fue del departamento dos días. Pensé que dormía en el taller. No me importó demasiado. Fui a la casa de mi padre.

Papá habló poquísimo. Estaba pálido. Pregunté si todo estaba bien. Dijo que sí. Pensé que estaba enfermo.

Dije que iría más seguido a visitarlo.

Al día siguiente volví al departamento y descubrí que extrañaba a N, su fantasmagórica presencia.

Él llamó. Dijo que quería verme, que quería volver: *es tu departamento, pero quiero seguir contigo.*

Le escribí a Kevin. Le conté que vivía sola y que me interesaban más que nunca las orquídeas. También pensaba en él cuando escuchaba a Spinetta. Y cuando estaba en el despacho haciendo trazos sin razón.

Kevin respondió el *mail* tres minutos más tarde. Me decía que Spinetta no le gustaba. Y que estaba leyendo a Thomas Mann. Al final decía: "Yo casi ya no me acuerdo de tu rostro. Parece que ahora eres un fantasma. ¿Podrías por favor mandarme una fotografía tuya? Es bueno saber que siempre seremos amigos. Deberías abandonarlo todo y estudiar literatura, más bien no estudiar. Deberías abandonarlo todo y volverte una vagabunda que lee libros".

Cerré la computadora y me quedé muy quieta sobre la cama que N había construido para los dos. Me dolían los huesos, quizás era un presagio.

N volvió al departamento a las nueve de la noche.

Trajo flores y un pastel de chocolate. Dijo que me extrañaba. Las flores estaban apachurradas. El pastel estaba delicioso. Me entregó el juego de llaves del departamento. Lloré. Le dije que lo amaba. Dijo que él lo sabía. *No tienes que llorar. No me voy a ir. Además está lloviendo durísimo afuera y es de mala suerte llorar cuando llueve.*

Se escuchó una sirena, una ambulancia. Le dije:

De niña mi madre me decía que era de mala suerte el sonido de las ambulancias. Debes tocarte un botón de la ropa, para que no pase nada malo.

Era falso: nunca había tenido una madre que me dijera eso en la infancia. Nunca había tenido una madre y él no lo sabía.

N acercó su mano a mi blusa y rozó el primer botón... Afuera llovía.

* * *

Voy al hipódromo. Pienso en un libro que leí de adolescente: *La piel de zapa*. Entonces iba a fiestas, y bebía cerveza, sin control. Nunca era demasiado.

Escapaba de la escuela, para pasear al lado de Berenice, la única amiga que he tenido. Sus manos eran como guantes de algodón. Caminábamos tomadas de las manos. Ella era una joven escuálida y de bellos ojos oscuros, hundidos y redondos. Olía siempre como a flores extranjeras. Quizás por eso escapaba con ella. Porque decía que tal estrella pertenecía a tal constelación. Yo le creía. Ella lo sabía todo. Bebíamos en su casa, a veces dormíamos arrulladas por música sin sentido. Dormíamos bajo estrellas inventadas por ella. Junto a Totti, su perro. En la azotea de su casa.

Una noche fumamos hachís. Un poco. Reímos por horas. Estoy segura de que atravesamos la ciudad entera. La recorrimos de arriba abajo en pijama, con pantuflas. Brincoteando como duendes que se cansan de habitar bajo los árboles. Fue por esos días que conocí a Balzac,

También aquellos que desean sentir la gloria de un pasado inexistente.

Pienso en el pasado, en los centauros, en Grecia. Todo es remoto. Luego Inglaterra y la Indianilla, que fue inaugurada en 1895.

Todo es remoto.

* * *

En *Macbeth*: "La piedad, como un recién nacido que galopa en la tormenta, o querubín del cielo montado por el aire en corceles invisibles [...] La espuela que se clava en los flancos de mi deseo, es la de la ambición que brinca y al sobrepasarse, ya demasiado lejos, se derrumba".

* * *

El extraño del sombrero aplanado me manda una nota, escrita con una letra tan bella que pienso que debe de ser un hombre bueno.

"La veo en diez minutos en el bar del hipódromo". Volteo, buscando al hombre. Pero se ha adelantado. La mesera que trae el recado me dice: *El bar está por allá*, y señala con sus dedos achatados, hacia la izquierda.

Me encamino por una sencilla razón: tengo muchas horas libres y aún no sé nada sobre caballos.

* * *

Cuando uno persigue algo, lo que sea, este algo acaba por escapar en nuestras narices. Es un juego que permite que el mundo siga su curso. El cazador pasa sus días encaramado sobre un árbol, en la selva, oteando, jugando a la larga espera.

La presa sabe que el cazador está ahí. Y así juegan para que alguien caiga. Mientras tanto las estrellas van y vienen.

Alguien caerá del árbol o tropezará entre las hojas. Así ha sido siempre. Con los fantasmas es un juego aún más estremecedor. La memoria y los fantasmas: los deseos.

Apunta Ernst Jünger en su diario: "Ante los muertos el pensamiento se detiene como ante un abismo infranqueable. Este abismo solo puede cerrarse cuando nosotros mismos pasamos al otro lado".

¿Qué tienen que ver la memoria, los fantasmas, los cazadores y los caballos? Siento que necesito emborra-

charme durante muchos días. Quedar extenuada de alcohol, de extraños que dicen amarme o ser mis amigos, de elogios y maldiciones.

Otra vez la ceremonia fúnebre de mi madre. Estoy, en mi recuerdo, como drogada, llena la sangre y el cerebro de ansiolíticos. Como si de verdad hubiese sentido amor por ella. Al morir mi madre comprendí que yo existía. Quizás ese día, en el funeral de mi madre, me miré en un espejo y así descubrí que yo era un fantasma.

* * *

Si mi padre hubiese muerto seguramente yo tendría la misma rutina: una oficina. Un cubículo en una oficina. Revisando planos, pensando en pequeñas habitaciones para gente que anhela una casa, un hogar, un mundo. Planos que son el mismo plano repetido. Después de repetir el mismo modelo-caja-para obreros, saldría a la calle.

La joven arquitecta iría al cine o a la biblioteca. Hoy un libro de Primo Levi, mañana Bulgákov, Onetti. Siempre Onetti. Mario Praz. Cioran.

Seguiría soñando con que el próximo año juntaría más dinero para poder ir a Florencia. Al palacio Medici.

Si diseñara otra cosa que no fueran casas habitación, podría ir al Hotel Chelsea. Ahí donde... En realidad no tengo ninguna historia de Nueva York. Ningún vínculo. No recuerdo si Joseph Roth estuvo ahí.

Nunca conoceré la nieve. Soy una campesina. Una campesina que sueña con caballos y con su madre muerta.

* * *

"Lo único que sé de caballos es que puedes despedirte de ellos", me dijo Kevin en un mensaje, mientras yo estaba bebiendo una cerveza en el hipódromo. No respondí nada.

* * *

Regresaba del despacho. Al día siguiente era mi cumpleaños. Decidí pasar por una botella de vino a una licorería. Pensé que esa noche N y yo cenaríamos *pizza* y vino tinto. Caminaba sobre la calle Reforma. Un bar que se llamaba León tenía la música muy alta: *Dicen de mí, que yo he sido un libro abierto...*

Me asomé por la portezuela: N y Estefanía se levantaban de una mesa. No me habían visto, yo era una sombra en la puerta. Se dieron un beso breve. Ella lo abrazó. Y pude recordarlo todo: estaba sola en el mundo. En ese momento deberían doblar las campanas, y anunciar la guerra, e inventar cientos de mentiras para que los que están solos no lo estén jamás. Para que la ausencia de la mujer que amas, y se ha ido, se pueda suplantar con otra. La mujer que amas volverá en un año. Y entonces alguien comprenderá algo sobre las islas, sobre los poemas absurdos, sobre dar la vuelta y marcharse.

Al día siguiente, en mi cumpleaños número veintiocho, a las seis de la mañana, N se fue para siempre de mi vida.

Dijo que tenía que irse de viaje a Monterrey. Yo fingí que dormía. Recogió su maleta. No dije nada del bar, ni de Estefanía. No reclamé porque se llevaba en la maleta algunos de mis libros. Me quedé callada. Me levanté y me senté en la orilla de la cama. Se acercó a besarme. Fue un beso lento. Parecía que volvería al día siguiente con alguna excusa. Sus ojos me parecieron más macabros y enloquecidos que nunca. Como si la adrenalina en su cuerpo estuviese ardiendo.

Solo dije: *Sí, espero verte pronto.*

¿Qué más podía decir?

* * *

El hombre del sombrero aplanado me saluda con el vaso de *whisky*. Me acerco y él se levanta. Me dice su nombre. Pero yo no digo nada. Él empieza hablar:

"Tu madre me mostró una fotografía tuya, unos días antes de morir. La visité en su casa. No hablamos de caballos. Le llevé un pastel de fresas, tomamos café. Platicamos sobre Uruguay. Sé que todo esto te resulta muy extraño. Nunca pensé que te encontraría precisamente aquí. Yo no puedo decirte nada. Pero entiendo que quieras saberlo todo. Ella no era una mujer malvada. En los últimos años hizo todo por estar en paz. Vio a más médicos, dejó de venir al hipódromo. Estaba llevando una vida normal".

Pienso que este hombre, Nicolás, el supuesto amigo de mi madre, me está timando.

Leonora, mi madre, no tiene nada que ver con él. Es cierto que este hombre sabe quién fue ella. Es verdad que de alguna extraña manera sabe que yo soy su hija. No comprendo nada. Me insiste para que pida algo de comer.

Me disculpo y se hace por un instante el silencio. No quiero volver a este sitio nunca. Ni volver a ver a este hombre.

Me despido y es como si frente a mí hubiese estado el fantasma de mi madre, burlándose de mi ingenuidad. *No tienes idea de quién te trajo al mundo.* Esa es la voz de Leonora, mi madre. Pero es una voz falsa. Una voz que he construido en mi memoria. Como todo lo que sé de ella: obedece a mi ficción.

En el hipódromo tengo una certeza, mi madre no era un fantasma. Tenía un nombre, una identidad: Leonora.

Pero para mí siempre será un caballo fantasma.

* * *

Decidí volver al hipódromo para despedirme de toda esta historia. La historia de los caballos que es también la historia de guerras, de amores, de mentiras, de derrotas. La historia de la melancolía. Quizás Durero debería haber pintado a un caballo y titularlo *Otra vista de la melancolía.* Un caballo entre la yerba muerta.

Entré a la vieja sala-biblioteca del hipódromo.

El joven bibliotecario tenía un parche en el ojo izquierdo. No parecía un pirata, pero sí parecía que sufría mucho. Aunque allí, en esa sala adusta con un montón de estantes llenos de libros, de un país empobrecido, qué sufrimiento podría tener él, el bibliotecario tuerto, oculto del mundo.

La biblioteca intentaba emular una biblioteca londinense, con sus mesas de trabajo y sus lámparas y sus sillones de lectura que podían inclinarse, y una pequeña lupa sobre la mesa.

Pedí un libro sobre caballos. El joven del parche en el ojo empujó un pequeño carrito de supermercado y se

perdió entre una fila de anaqueles. No había nadie más en la pequeña sala. Regresó con un libro de tapas rojas. Las letras decían simplemente *El hipódromo: Álbum conmemorativo.*

Esto es lo que necesitas saber, dijo el encargado y volvió a perderse entre las estanterías de metal.

Tomé el libro, caminé hasta una de las mesas. Ahí me senté. Y empecé a hojear. Eran fotografías de caballos. Un texto de un hombre que firmaba como Sombra Negra. Y de un tal Galiano, que hablaba constantemente de Robert Musil y su afición a los caballos. En las fotografías también se mostraban obras de arte con caballos: Goya, Bacon, Monet, Dalí, Franz Marc, Durero, Andrew Wyeth, el Bosco...

Y luego una serie de fotografías. En casi todas, a partir de 1978, aparecía mi madre. Muy joven, hasta que ya era el año 2002 y su rostro bastante envejecido seguía ahí.

Posaba sonriente, casi siempre, al lado de caballos y jinetes.

A veces vestida como un *jockey,* otras veces con un vaso de *whisky* en la mano, otras simplemente emperifollada como una actriz de Hollywood. Siempre parecía una mujer distinta a mí. Llena de belleza, dotada de todas las gracias.

El cabello muy negro, largo, o recogido en una trenza siempre distinta. Los ojos cafés, las cejas gruesas, la delicada nariz, los labios extendidos, semiabiertos.

Busqué su nombre. Busqué letra por letra. De eso no había ningún registro: "Mujer desconocida", "Mujer

no identificada", "Distinguida acompañante", "Jinete no identificada", así la llamaban en los pies de foto.

Pero yo conocía su nombre y pensaba que en algo nos debíamos de parecer.

¿Qué hacía mi madre en cada una de las fotografías? Hubo un tiempo de ausencias: 1990, el año de mi nacimiento.

Mi madre aparece poco, o mejor dicho, no aparece.

Después, en 1991, vuelve triunfante.

En febrero, posa en el aniversario número cincuenta del hipódromo junto a una cantante de ópera y un jinete llamado Roberto Kashir. Posan sonrientes y mi madre sostiene un arreglo floral de rosas.

En las fotografías también aparece su amigo, Nicolás. El hombre del hipódromo, el del sombrero aplanado, dueño de un montón de caballos.

Pienso en Sam Shepard. En su cuento del hombre que cuidaba a los caballos. Pienso en mi madre enamorada, pienso en su imposibilidad. Pienso en mi propio fracaso. En lo que será mi enfermedad futura. En el mal que ella sembró en mí al traerme al mundo. Esa enfermedad de los nervios que nos separó y a la vez nos hunde en el fango del mundo, como decía Leopardi.

"Porque mi madre era su secreto", dice un personaje en *Locos de amor* de Shepard.

Mi madre fue siempre un secreto. Para una parte del mundo. Para mí, para mi padre. Para todos los que lleguen a ver las fotografías donde aparece como "la mujer desconocida". Una apostadora que derrochó sus años, su salud, su equilibrio montando y viendo cómo los eternos trapecistas, los montadores, se sostenían sobre los caballos, como en un sueño en busca de la libertad, cabalgando.

* * *

Toco la puerta. Abre el viudo de mi madre. Es una casa bastante grande. *Todo lo que está en el despacho y en esta casa es tuyo*, me dice su marido. *Ella lo dispuso así. Me dijo que todo era tuyo desde el principio. Lo único que no puedo hacer es explicarte nada. Es la promesa que le hice y yo respeto su memoria. Respeto la memoria de tu madre. Respeto su pasado. Cuando empeoró, le aconsejé que te llamara. Ella dijo que no tenía sentido. Que no quería más sufrimiento para ti. También se lo pidió a Nicolás. Me contó Nicolás que se conocieron en el hipódromo. Él quiso demasiado a tu madre. Quizás era su único amigo. La acompañó hasta el último momento.*

La casa de mi madre huele a madera.

Pienso en N, en ese primer día en su taller, el olor de los barnices y de las maderas. Recuerdo el olor de las manos de N.

La madera es un recordatorio de la muerte de los árboles.

* * *

"Los caballos y la conquista del Anáhuac...". Veo la letra de mamá, una letra pequeña que habla de su temperamento fantasmal ante mí. Su escritorio está repleto de pequeños papelitos con anotaciones de números. Series de números que no comprendo.

La fotografía central es la de un joven frente a una iglesia. "Recuerdo de Tula, 1958". Pienso en cabezas olmecas, en grandes edificaciones de piedra, en manos morenas apilando una a una esas piedras. Es el mismo hombre de la película que mamá guardaba en el buró de su cama. Tiene sentido que ese hombre aparezca ahora frente a mí, posando, bajo una ceiba esplendorosa, con la sonrisa de James Joyce. Irlandés de visita en México a finales de 1958, en Tula, Hidalgo. Un lugar que ahora es un hervidero de turistas y un territorio disputado por los mafiosos. Tula y su pasado: el pasado de ese visitante y de mi madre. Claro que no es mexicano. Eso me digo como consuelo. Me cuento una historia que desconozco para salvarme de los secretos de la mujer muerta.

* * *

Leonora, mi madre, tenía dinero y tenía una vida solitaria. Apostar generaba en ella una felicidad que no podía explicar a nadie. Y luego el momento de acariciar a los caballos, de alimentarlos, de montar y de sentir que el cuerpo deja de pertenecer a uno para que un animal que nunca va a abandonarte cargue tu peso...

Nicolás, dueño del hipódromo en Oaxaca, y Leonora se hicieron amigos por eso. Ambos estaban solos. Ambos encontraban belleza y vitalidad en el tropel de los caballos. Quizás ambos buscaban un punto en el que pudieran perderse en el abismo.

Mamá montaba a veces. En la caja de metal en que guardaba videos VHS, aparece montando a Draco.

Draco era su caballo más amado. Pienso en un poema de Sylvia Plath: "Ariel".

Pienso en Sylvia Plath muerta y en mi madre muerta.

Me llevo de casa de mi madre algunas cosas: fotos y videos.

En uno de esos videos un anciano acicala la yerba. Se queda inmóvil un buen rato, se coloca el sombrero y luego emprende la caminata por ese pequeño valle desdibujado. La noche anterior ha llovido demasiado. En la urbanización, valle abajo, las casas de láminas de cartón y asbesto sufrieron daños: goteras, roturas y esa sensación ya antigua en los habitantes de esas viviendas de que la miseria los acompañará eternamente, leal como un soldado viejo, que solo bajará la guardia ante la muerte. Es como un video que mamá hizo sobre un antepasado suyo. Me quedo dormida viendo esa cinta.

El anciano aparece en mis sueños.

Despierto y no quiero continuar ese sueño.

Hojeo un libro: "el horror es la ley del mundo de los seres vivos, y el objetivo de la civilización no es otro que enmascarar esta verdad".

Debería pasear y abandonar la idea de la muerte de mi madre. Es el anciano inmóvil en ese valle el que me perturba. Ni siquiera estoy segura de que siga con vida.

Llamo a mi padre, le cuento sobre el video y las fotos.

Papá no sabe dar respuestas. Le pregunto si conoce al hombre de ese video. Dice que no sabe quién es.

Yo no reconozco ese sitio pero está alojado en mí, es como si una parte de mi existencia se hubiese confeccionado justo allí.

Aquí llueve. No hay adjetivos para esta lluvia.

El anciano es un motivo. Para qué, para quién. Descubrir eso es el sustento de mi propia existencia.

Hago una lista de escritores irlandeses que conozco:

- Samuel Beckett
- James Joyce
- J. Sheridan Le Fanu
- Robert Maturin
- John Connolly

¿Por qué pienso que el hombre de la fotografía fue un escritor irlandés? Es esa sombra, esa palidez, ese cuerpo que parece el pabilo de una vela encendida. Quizás era el abuelo de mi madre. Recuerdo que mi madre tenía pocos meses de nacida cuando sus padres murieron.

Quizás ese hombre era un desconocido y ella filmaba una película sobre cualquier tema.

* * *

"Había un viejo cráneo de caballo en los matorrales. Se agachó y lo cogió y le dio vueltas entre las manos.

Frágil y quebradizo. Blanco como el papel [...]. Lo que amaba en los caballos era lo que amaba en los hombres, la sangre y el calor de su sangre que los recorría. Toda su reverencia y todo su afecto y todas las tendencias de su vida se inclinaban hacia los ardientes de corazón, siempre sería así y nunca de otro modo".

* * *

Un nuevo proyecto llegó al despacho. La señora Ernestina nos hizo firmar casi a ciegas el contrato. Un nuevo pago. Inclinarse bajo la lamparilla, repetir los mismos trazos...

Pienso en Kevin y siento deseos de abrazarlo. Llamo a su oficina. Nadie responde. Temo que Kevin esté muerto. Que todo provenga de mi estúpida ficción.

Escribo algo sin sentido:

"Hueles a guirnaldas que terminarán podridas. En tu ataúd será igual: una peineta, una barra de jabón seco... una peineta y entre tus manos blanquísimas y muertas: una guirnalda".

Pienso que es un mal poema.

Reviso la agenda: comprar atún, ver un corto de Tacita Dean que le gustaba al sepulturero.

El sepulturero no existe. El sepulturero es un personaje en el que pienso constantemente. Pienso en el sepulturero como el personaje principal de la historia que yo desearía escribir: tiene una gorguera, el cabello rizado

y desparramado sobre los hombros, viste un traje rojo como el de un arlequín y cada noche lee, en el cementerio, un poema muy sencillo que habla de una rosa para cierta chica: "Una rosa para Emilia".

En el cuento, que yo deseo escribir, la única función del sepulturero es ver un corto de Tacita Dean, o un fragmento de la *Alicia* de Švankmajer. Hace frío y no pasará nada escabroso. Él cenará una sopa de vegetales, después dormirá. *Recuerda Karenina, en todas las novelas alguien debe morir para que la novela ocurra,* me dijo un profesor de literatura en la preparatoria. Tenía toda la razón.

Solo por eso no escribo la historia del sepulturero, en esa historia nadie muere: todos ya están muertos.

* * *

Mañana llevaré flores a la tumba de mi madre. Y también leeré frente a su tumba un cuento que hable de caballos. Cualquiera. Por ejemplo, el cuento que se llama "Oro, caballo y hombre". Así estaríamos en paz.

No me importaría dejar de pensar en mi madre. Ni en ningún hombre fantasma. Me dedicaría a trazar planos para gente que desea poseer una casa. Un sitio.

Copiaré en mi libreta el fragmento de un poema:

> Figuras susurrantes te cubrieron de tinieblas,
> rompieron cadenas, donde tú estabas,
> te azotaron con azotes de pájaros...
> Monumento de tedio en las colinas heladas,
> los días se levantan negros y tú en tu hambre.

Invento que el hombre del video, el que algo tiene que ver con mi madre, es el autor de ese poema. Sé que todo esto debe acabar.

* * *

Equus, équidos... Caballos. Seres vivientes en un mundo tétrico. Mi madre supo todo sobre ellos. Por ello decidí escribir una historia, la historia de mis caballos fantasmas. La historia de una ausencia.

"Caballos fantasmas", era el cuento que escribió una mujer que solamente comía ostras y bebía champaña.

* * *

Parece que perpetuamente los caballos me han de perseguir, se lo dije a Guillermo, un compañero de trabajo que tiene ojos pequeños y que podría ser mi mejor amigo si yo tuviese amigos, si yo tuviese una existencia y no una idea de existencia.

¿Sabes por qué los caballos aparecen siempre? Es sencillo, en el futuro los autos aparecerán en fotografías, en libros, en películas... Es sencillo. Piensa en los hombres y en la historia de la humanidad.

Guardo silencio. Observo a Guillermo. Quiero dejar de escribir un diario. Lo dejaré de hacer mañana mismo.

* * *

Quizás llevo todos estos días, los días en que he escrito todo esto, soñando. Como si un sueño pudiese llevarse hasta el extremo de la irrealidad. Pienso que tengo una vida vacía y por ello he inventado a mi madre, a los caballos, a los libros, a esas fotografías, y a él. A todos ellos.

* * *

No sé nada de caballos: los he visto en imágenes remotas, que proceden de una ensoñación.

Una última frase, un verso de Antonio Gamoneda: "Pienso en el día en que los caballos aprendieron a llorar".

Debería llorar. Pero por ahora no tengo tiempo.